



LA CIUDAD: EL MEDIO AMBIENTE CONSTRUIDO

Fernando Viviecas
Arquitecto, Profesor Asociado
Universidad Nacional de Colombia

Si se quiere discutir el lugar de la *ciudad* contemporánea colombiana en el interior del desarrollo de la problemática del medio ambiente, lo más adecuado es partir del reconocimiento del concepto quizá más extendido con respecto al asunto y seguidamente exponer los elementos centrales del drama verdadero que encierra dicha relación.

LA CIUDAD: LA RECONSTRUCCION DE LA DIGNIDAD DEL AMBIENTE

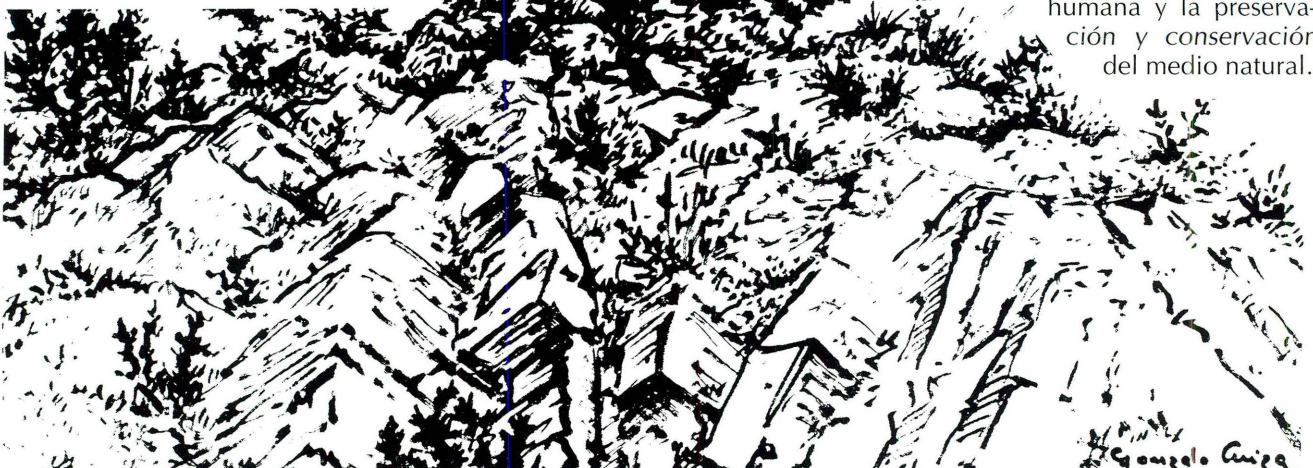
EN EFECTO, LA CIUDAD EN GENERAL ES CONSIDERADA COMO UNO DE LOS MÁS GRANDES CONTRIBUYENTES a la contaminación y al deterioro del medio ambiente. Ciertamente, las grandes urbes lo son: en ellas se encuentran las más grandes fábricas y allí se hallan igualmente las mayores concentraciones poblacionales de que jamás se haya tenido noticia. Por tanto, en las ciudades se ubican los más ampliados procesos de producción

de desechos y de contaminantes, así como los de la reproducción de la ideología del consumo y de su dinamización.

Pero más allá de argumentar a favor o en contra del papel de depredador ambiental que efectivamente pueda estar desempeñando el tipo de ciudad que este siglo ha construido –tanto la del Norte como

la del Sur, la primera por la abundancia y el despilfarro generado en un mercado todopoderoso y la segunda por la imposibilidad estructural de que grandes masas de sus habitantes puedan tener acceso a alguno medianamente razonable– lo que se debe plantear es el carácter dramático de la relación: ciudad-medio ambiente.

Mirada en términos negativos, la ciudad es todo lo mencionado y, quizá, mucho más. Sin embargo, es también la máxima construcción del hombre a través de la historia. Es por ello que en la construcción de la ciudad se pone de presente la contradicción que existe entre la configuración de un hábitat para la existencia humana y la preservación y conservación del medio natural.



Como es sabido, el hombre no puede existir sin intervenir sobre el medio circundante. Toda acción humana que signifique construcción de vida social o individual dentro de la sociedad, conlleva necesariamente una destrucción de la naturaleza. Sin esa transformación no existiría el hombre.

La arquitectura, en tanto construcción, funda en esa transformación la posibilidad de su misma existencia. La construcción de una espacialidad para la dignificación del existir es la máxima aspiración humana: la construcción, ligada al morar, está articulada al pensar¹.

Es obvio, pues, que el hombre –la sociedad– no puede existir sino en un medio ambiente construido y la configuración de éste implica, necesariamente, una destrucción del medio ambiente natural. Como en el caso de Antígona (otra forma de construcción de la ciudad)² esta contradicción no tiene una solución definitiva ni simple: es necesario vivirla como un drama; o, si se quiere ser pragmático, como una economía.

En este último sentido se trata, entonces, no de descargar la res-

pensabilidad del deterioro ambiental en la ciudad en general, es decir, en abstracto, sino de examinar las condiciones concretas en las cuales son producidas las ciudades para, con base en ello, desarrollar alternativas racionales –no solamente racionalistas– de crear unas urbes más humanas y, dentro del modelo ambiental, más sustentables.

Además, porque en realidad, el futuro de la humanidad es ineludiblemente urbano. Son las ciudades las que albergarán a los ciudadanos –una extraordinaria cantidad de seres humanos– en el siglo XXI³. No sólo en el Sur: "Se está presenciando la aparición de una nueva generación de ciudades en Europa. Más todavía: Estamos viendo el emerger de una nueva cultura urbana. De manera creciente, Europa está definiéndose por sus ciudades debido a la declinación que se percibe del estado nacional"⁴.

En este contexto, antes de planear lo que podría ser un horizonte para el medio ambiente urbano colombiano, considero importante exponer, aunque someramente, dos circunstancias que lo soportarían; las cuales se encuentran interrelacionadas, y que además permiten dilucidar las posibilidades efectivas de construir la ciudad del futuro. Ellas son: el enfoque ambiental consolidado en ECO-92, celebrado en Rio de Janeiro durante el mes de junio de 1992 y la creación de una conciencia de reconocimiento de la sociedad civil como protagonista del desarrollo a nivel mundial.

ECO-92. UNA NUEVA VISIÓN DEL MUNDO

La realización de la cumbre ambiental de Rio de Janeiro constituye un éxito para la humanidad. Allí quedó claro, a nivel planetario, que la problemática del medio am-

biente está directamente articulada a los modelos de desarrollo.

La situación actual es el resultado más genuino de un desarrollo agenciado con el único sentido de la producción creciente que tiene su asiento en una explotación acelerada de los recursos naturales y que genera un consumo continuo, tanto de estos últimos como de los productos que esa misma forma de producción lanza al mercado para reiniciar constantemente el mismo circuito⁵.

Igualmente, con excepción de los Estados Unidos, para todo el mundo fue evidente que la situación futura depende en gran medida de que a nivel orbital se establezcan formas de relación y de funcionamiento político y económico que contribuyan no sólo a conservar en las mejores condiciones posibles lo que queda del Planeta sino además a revertir los daños que hasta ahora se han causado, entre los cuales existen algunos que, incluso, si no ya, muy rápidamente pueden llegar a ser irreversibles.

La generalización de esta conscientización no significó, sin embargo, que se hubiese adoptado una única manera de enfrentar el problema. Por el contrario, esta fue otra de las razones para considerar la realización de la conferencia un éxito aportativo a los desarrollos de la humanidad en este fin de siglo. No sólo fue evidente que no existe una única manera de enfrentar el problema sino que, con la prepotencia de los Estados Unidos, se resaltó diáfano que el querer aplicar una sola forma de entender el desarrollo es justamente una de las causas de la grave situación en que se encuentra la Tierra. De allí la soledad arrogante, pero amarga, del Presidente Bush⁶.

En tercer término, se demostró que el asunto ambiental es también esencialmente político, pero esto significó además la inauguración, aunque de manera incipiente, de una nueva forma de la política a nivel mundial. En un evento en el cual se discutía sobre el posible futuro de la humanidad (sobre la base



de exponer de muy diversas maneras el "deseable") se desarrolló una argumentación en la cual las miradas particulares, al margen de su poderío militar, político y/o económico, fueron capaces de validar posiciones importantes a la hora de las definiciones⁷.

En cuarto lugar debemos señalar el tipo de temáticas que se trataron, entre las cuales resalta la de la cualificación de la existencia humana como objetivo definitorio de cualquier desarrollo de la problemática ambiental hacia el futuro. Este aspecto fue quizá el más destacado del evento puesto que le dio todo su significado cultural dentro del marco positivo de la posmodernidad contemporánea, dado que la discusión sobre el concepto de calidad de vida permitió la exposición de las diversas conceptualizaciones en torno al sentido del medio ambiente (su conservación y preservación) desde las más distintas posiciones.

En una situación que no se había dado durante el último siglo, todas las agrupaciones estuvieron allí para contribuir a la discusión del desarrollo de la humanidad como futuro común. Estaban los grupos

étnicos, ecológicos, los de género, los religiosos. Por supuesto, dentro del contexto en el cual estaban convocando el gran capital: el sempiterno mercado; el aparato estatal mundial: el evento organizado por Las Naciones Unidas contó con la presencia física de más de 170 gobiernos y, paralelamente, se organizó el FORO-Global en el cual se hicieron presentes las Organizaciones no Gubernamentales (ONG) de todo el mundo como expresión de la sociedad civil mundial.

EL RECONOCIMIENTO DE LA SOCIEDAD CIVIL

El paso de la década de los años ochenta a la de los noventa tuvo su estruendo más sonoro en la comprobación del fracaso planetario del llamado "socialismo real" en su intento de constituirse en alternativa de organización económica y social al capitalismo.

Este derrumbamiento de ilusiones y de proyectos concretos —que todavía hoy presenta su dramatismo en el desgarramiento interno de países como Yugoslavia y Checoslovaquia y en la problemática situación de casi todos los países

que hasta hace poco constituían el Bloque Socialista⁸, empezando por la hoy desaparecida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas— puso en evidencia incontrovertible algo que ya se venía gestando en el plano filosófico y teórico (iniciado en el terreno de la crítica literaria en Los Estados Unidos) desde antes de la década de los cincuenta⁹: el requerimiento de buscar nuevas formas de acercarse a la realidad —social, científica, económica, cultural, política— dado el agotamiento de los "paradigmas" y la permanencia sin solución de todas las falencias y carencias que para la existencia de la humanidad presenta el actual (no hay ninguno "nuevo") orden mundial capitalista.

Mientras durante los últimos cinco años se vino al suelo lo que hemos señalado, la discusión entre la Modernidad y la Posmodernidad, que es de lo que estamos hablando, encontró su vigencia por fuera de los ámbitos académicos y artísticos, muy posiblemente, porque al configurarse el vacío de alternativas dejado por el socialismo, se hizo evidente que el capitalismo (que se encuentra indisolublemente ligado a una cierta lectura de la Moderni-

Nocturno de La Candelaria 1978, Oleo. Gonzalo Ariza.



dad) no sólo es incapaz de solucionar los problemas humanos, sino que además su desarrollo no hace más que agravarlos, profundizarlos y extenderlos.

Vienen, entonces, las paradojas: el sistema que se sostiene sobre la vigencia de la racionalidad, en sus resultados, muestra hasta qué niveles de irracionalidad puede llegar en su desenvolvimiento. Así se "explica" que puedan coexistir los mayores avances imaginables en la perspectiva de hacer que el mundo funcione para el bienestar de la vida con una existencia a cada momento más terrible para masas, cada día más amplias, de mujeres y hombres, y ambas cosas por la misma razón.

Y aquí el mundo se abre: al requerirse pensar todo el proyecto de nuevo, se da la circunstancia cultural y política de crear el espacio para atender de una u otra manera todas las apuestas sin descartar de antemano la eventual validez que cada una de ellas pueda tener pues, de algún modo, existe la idea de que "todo vale". Se corren, por tanto, todos los riesgos. Surgen allí dos cuestiones que (hacia adelante, seguramente, se multiplicarán) permiten avanzar sobre la anterior afirmación.

En primer lugar, la pertinencia de pensar el mundo desde las diversas (infinitas) perspectivas creadas y/o rescatadas se muestra como totalmente posible y válida. La legitimidad de formular paradigmas sociales y culturales ya no está dada sólo por los intereses políticos y/o económicos (aún los sociales)¹⁰. Ella también se soporta en las visiones étnicas, culturales, religiosas, locales e ideológicas, despertadas en las nuevas organizaciones geográficas y poblacionales: las sociedades rurales y urbanas, los pueblos indígenas y los conglomerados ancestrales y sus combinaciones; en las perspectivas de futuro: en las cuales el problema ambiental resalta por su trascendencia; en las nuevas identidades de género: con la preeminencia de las apuestas de los grupos feministas y de los homo-

sexuales; incluso en las reivindicaciones de los distintos grupos étnicos: los requerimientos de los sectores de jóvenes y de adultos de la tercera edad y de los niños.

En segundo lugar, directamente conectado con este complejo fracaso de paradigmas y el subsecuente estallar de disyuntivas, el advenimiento —esto es, el reconocimiento— de la Sociedad Civil (recurso hasta ahora ignorado por el desarrollo de la razón instrumental) como un interlocutor insoslayable en el otear de esta nueva invención del mundo en el marco de la pregunta por sus desarrollos¹¹. Es su presencia a nivel planetario lo que garantiza que se den las posibilidades de pensar el mundo desde muchos puntos de vista: perspectivas que sólo existen en la gran complejidad y diversidad que encierra en su interior ese mundo heterogéneo que es la sociedad como conjunto.

Este reconocimiento, que ya se ha dado a nivel mundial, ubica a la sociedad civil al mismo nivel del Estado y del Mercado en el escenario de las controversias por la definición del futuro económico y social de las naciones y tiene tal naturaleza que algunos estudiosos han planteado la superación de la antigua "trinidad": países desarrollados-países socialistas-países del tercer mundo, por una nueva: estado-mercado-sociedad civil, como el marco en el cual se debe definir la problemática del desarrollo¹².

EL MEDIO AMBIENTE URBANO EN COLOMBIA: EL ESPACIO DE LA VIDA

Uno de los rasgos más característicos del proceso que ha emprendido Colombia para adentrarse en el ámbito de la modernización de su devenir, está en la apertura que se ha logrado hacer del espectro reivindicativo social, en el cual se resalta la aparición de la calidad de la existencia como un elemento para calificar la capacidad que tiene el país para atender los requerimientos de sus ciudadanos.



En este contexto, la cualificación del medio ambiente en el cual se desarrolla la cotidianidad de los colombianos, se ha ido convirtiendo en una solicitud que cada vez encuentra más adeptos y cubre más sectores de la vida.

Esto no es nada extraño si tenemos en cuenta que paralelamente con el desarrollo ideológico anterior y directamente articulado a él, se ha ido construyendo la más grande transformación espacial —de construcción de hábitat, de transformación del ámbito vecinal— al conformarse un país de ciudades: de muchos conglomerados urbanos y de gran variedad de centros ciudadanos en tamaños, en idiosincrasias, etc.

Históricamente esta situación significa una inmensa superación social y cultural puesto que plantea una revolución conceptual con respecto a la existencia individual y colectiva. Se pasa, para expresarlo escuetamente, de una perspectiva del existir constreñida a la satisfacción de las necesidades mínimas, básicas, elementales, es decir, del nivel de la supervivencia, a una reivindicación de la sociedad como ámbito de calidad que permita la dignificación de la existencia para su disfrute, su goce y su recreación personal y social¹³.

Esta nueva perspectiva que, valga la verdad, se encuentra en un estado aún incipiente, es muy difícil de construir especialmente porque no se trata solamente de cambiar una consigna por otra, sino realmente de la configuración de otro paradigma social. El mundo de la vida ha empezado a construir un nuevo horizonte de referencia y por ello ha podido introducir distintos parámetros que permiten identificar realmente los limitados alcances de, por ejemplo, la política, pero también de los desarrollos de las distintas ciencias y disciplinas sociales y económicas.

En el contexto cultural, esto es, en el de la conformación de formas de comportamiento, tal vez no exista una instancia más adecuada para ilustrar esta circunstancia que enunciarnos que la espacial. La

construcción de un continente inédito como lo es la ciudad contemporánea colombiana ha contribuido decididamente a configurar la nueva existencia que ahora se reclama.

Y allí surge un punto fundamental que muestra la gran dificultad del paradigma ya enunciado.

Porque lo que ha caracterizado el desarrollo de la ciudad colombiana es la preeminencia de su concepción como espacio para la producción o más exactamente para el rendimiento económico. Nunca ha contado con un soporte que la sostenga como ámbito de cualificación de existencia. Sin embargo, ahora, no solamente por su importancia económica y aun demográfica, sino porque inevitablemente se convirtió en una nueva referencia antropológica y socialmente hablando, se ha consolidado como el más grande acicate del desarrollo político y cultural para construir un horizonte reivindicativo superior.

Este horizonte, por supuesto, además de sus perfiles políticos y económicos, tiene en la cualificación del espacio vivencial su máximo reto, dado que en Colombia puede asegurarse que la ciudad se ha ido construyendo sin que el componente de la calidad del espacio y del ambiente haga parte tanto de su concepción como de su construcción y de su uso. Esto es lo que hace que ideas como la del disfrute ciudadano del espacio colectivo sean absolutamente extrañas a la configuración urbana colombiana.

El espacio individual (privado) ha tenido un mínimo desarrollo como conceptualización de un derecho personal y ciudadano. Más aún, en este terreno puede argumentarse que el mismo concepto de espacio inmediato y de albergue para la unidad familiar ha venido sufriendo un proceso de naturalización de su deterioro y de su precariedad.

De esta manera, los ciudadanos colombianos a medida que se



han ido aglomerando en las ciudades han ido perdiendo la posibilidad de tener una referencia cualificante y crítica con su entorno privado, con su ámbito inmediato. Unos –los más– en peores condiciones materiales que los otros pero con una constante que atraviesa todo el aspecto social: la carencia de un referente cultural con su continente cotidiano y familiar.

La infancia, por ejemplo, ante la ausencia de espacio interno transcurre sin que la sorpresa, ni el movimiento, ni el juego, ni la investigación de los efectos afectivos del esconderse y ser encontrado, entren a configurar los cimientos de la personalidad individual. La adolescencia no tiene ya la posibilidad de experimentar, sufrir y gozar la soledad ni el recogimiento que permita la reflexión y la conformación de un criterio propio con respecto a los difíciles retos que plantea la vida. La adultez no encuentra el recinto en el cual desarrollar el despunte y el goce del espacio hogareño, pues éste está dominado por la única idea de sitio de descanso y aun de la sola concepción de dormitorio. La pareja tiene, en cada modelo que se presenta, menos espacio para la intimidad, para resolver sus diferencias y para recrear el amor. La unidad familiar, en consecuencia, no tiene lugares de encuentro en su propia casa en los cuales se conforme el espacio del examen, de la discusión, de la confrontación de concepciones generacionales y de la educación para la vida. Ciertamente la existencia cotidiana requerida por la unidad familiar cabe menos en las llamadas unidades de vivienda.

Este deterioro lamentable de la espacialidad de la vida individual cotidiana colombiana tiene consecuencias gravísimas para generar una ciudadanía que vaya alcanzando niveles más altos de concepción de una existencia calificada, o digna, como estableció la nueva Constitución.

En estas circunstancias se ha ido configurando en nuestro país



Acuarela - Gonzalo Ariza.

una tendencia dramática de consecuencias imprevisibles, pues a medida que se configura la ciudad como el continente indiscutido de nuestra historia futura –con lo cual se hace más imperativo un elevamiento de nuestra concepción de la cualificación de nuestra relación con el espacio y del establecimiento de jerarquías para su construcción y disfrute, tanto en el fuero individual como en la participación colectiva en esa misma medida, nos encontramos con que hay que enfrentar prácticas que por fuerza de nuestras carencias económicas y, sobre todo, culturales y políticas, mantenidas en las décadas anteriores, se ha venido construyendo una tipología de ciudad anticidadana, que pretende legitimar, y en todo caso imponer, la "ghetización", trayendo como consecuencia la profundización de la segregación social y la fragmentación del tejido urbano, con lo cual la misma posibilidad del recorrido –ya no el disfrute– del espacio urbano, de la sola calle, tiende a ser excluido del espectro de derechos que tenemos por el simple hecho de ser ciudadanos.

En este contexto está planteada la enormidad de nuestro reto colombiano en tanto ciudadanos del

mundo. Vivimos en una realidad histórica que exige como condición **sine qua non** la clarificación, construcción y cualificación de la dimensión espacial –individual y, por tanto, colectiva–. La conformación de una ciudad y de una casa modernas, esto es, de un medio ambiente construido para la democracia, como cultura –esto es, concepción de existencia y como materialización física– como lugar de vida.

El medio ambiente en el futuro tendrá sentido si la niñez y la infancia tienen un espacio tanto individual como colectivo en el cual moverse encontrando el color y las texturas como referentes táctiles y visuales y donde la angustia investigativa pueda encontrar en sus sensaciones respuestas de ubicación en el mundo material y afectivo. Si la adolescencia y la juventud pueden hallar un espacio que fluya entre el drama de la soledad de su alcoba y la posibilidad de confrontarse en el amor, en la amistad, en la fraternidad con los demás, tanto en la casa como en el veloz recorrido de una calle y de los parques y plazas que ofrezca el barrio y la ciudad. Si la adultez puede vivir el consenso y la diferencia pública encontrando la comprensión y el afecto –aún conflictivo– de la plaza pública a la sala residencial. Si la vejez puede desarrollar el dramático final de la existencia en lugares donde el pensar no sea una exclusividad ni un exotismo. Esto es, si el construir y el morar de la sociedad en su conjunto hacen parte del discernir de la existencia plena, es decir de lo individual a lo colectivo.

¿Cuántos de nuestros terrores actuales –que, por lo demás, no se agotan en el estruendo de las explosiones y en el correr de la sangre en la calle, aunque esto sea lo que más enrarece el ambiente– habrían podido evitarse si la inteligencia y el espíritu hubiesen estado presentes en el construir de nuestra arquitectura de sociedad, y la política y la cultura hubiesen informado nuestro proceder con respecto al medio ambiente en las décadas anteriores.

Si el espacio público hubiese sido una dimensión de la expresión colectiva y el espacio privado, refugio de nuestra personalidad, un ámbito cuya cualificación hiciese parte natural de nuestra reivindicación ciudadana?

A pesar del enorme peso de la pregunta, ciertamente, no se puede medir la respuesta. Apenas si funciona como impulso para construirla en el marco de nuestra modernidad presente. ●

CITAS

1. Para el desarrollo de esta perspectiva, véase: Heidegger, Martin (1989). Construir, Morar, Pensar. En Revista **Camacol** No. 39, Junio, Bogotá. pp. 144-153.
2. Cfr.: Sófocles (1969-1970) **Ajax - Antígona - Edipo Rey**, Biblioteca Básica Salvat. España. pp. 73-122.
3. "Entre 1950 y el año 2000, las ciudades con poblaciones de más de 5 millones de habitantes se multiplicaron por 45 (pasaron de 1 a 45) en los países en desarrollo, mientras que en los industrializados el número apenas se triplicó (pasó de 5 a 15). Si se consideraran las aglomeraciones de más de 10 millones de habitantes se encuentra que hacia el año dos mil, 17 de ellas estarán localizadas en África, Asia y Latinoamérica. En esta última región la población urbana llegará a ser el 75% del total, con conglomerados de 25 millones de ciudadanos en Ciudad de México y Sao Paulo". Cfr., "The culture and political economy of urban spaces", en **International Social Science Journal** No. 125 agosto de 1990, Oxford y New York. p. 265.
4. Cfr.: Rogers, Richard y Fisher, Mark (1992) **A New London**, Penguin Books, Londres, Inglaterra, pp. xiii.
5. En relación con este verdadero círculo vicioso y sus efectos sobre el medio ambiente, un agudo crítico escribía ya en los años setenta que, en determinado momento, "El sistema social establecido comenzó a ser criticado no porque fuera incapaz de asegurar el crecimiento ni porque distribuyera de un modo desigual los 'frutos del crecimiento' (...) sino porque no se preocupaba **más que** del crecimiento y no realizaba **más que** el crecimiento, un crecimiento de un tipo dado, con un contenido específico, que suponía unas determinadas consecuencias humanas y sociales". Y más adelante señalaba: "De modo cada vez más insistente se empezó a promover la cuestión del 'precio' a que los seres humanos y colectividades 'compararían

el crecimiento'. Casi simultáneamente se descubrió que ese 'precio' comprendía un componente enorme, hasta entonces silenciado, y cuyas consecuencias a menudo no concernían a las generaciones presentes. Se trataba del amontonamiento masivo y tal vez irreversible de los daños infligidos a la biosfera terrestre, resultantes de la interacción destructiva y acumulativa de los efectos de la industrialización; efectos que desencadenan reacciones del medio ambiente que permanecen, más allá de cierto punto, desconocidas e imprevisibles y que finalmente podrían conducir a una ava-

Colombia: el despertar de la Modernidad, FORO Nacional por Colombia, Bogotá. pp. 90- 111.

6. "En tanto, Bush, que esperaba que sus aliados industrializados se sumaran al boicot del tratado (sobre Biodiversidad), se encontró casi completamente abandonado, cuando los demás países occidentales y Japón (con algunas reservas) dijeron que firmarían". Sergio Federovisky y Jim Lobe en periódico Terra Viva, diario independiente de la Cumbre de la Tierra, editado por Inter Press Service (IPS), Rio de Janeiro, Junio 14 de 1992. p. 13.

La Candelaria 1978. Gonzalo Ariza.



lancha catastrófica que rebasaría toda posibilidad de 'control'. Cfr.: Castoridis, Cornelius (1991) "Reflexiones sobre el 'desarrollo' y la 'racionalidad'". En Vivescas, Fernando y Giraldo, Fabio.

7. "El sur, ese heterogéneo conjunto de países subdesarrollados en los que habitan las tres cuartas partes de la humanidad, también presiona y gana importantes aliados en Eco-92. Quizá lo hace de

una manera menos aparatosa y con menor repercusión en la prensa que la delegación suramericana (sic) pero está obteniendo resultados positivos". Así lo expresaba Tito Drago en su artículo: "El Sur también sabe presionar" del periódico Tierra Viva, p. 19.

8. Ver: Rupnik, Jacques (1991) "los nacionalismos en Centroeuropa del Este". En Revista **Letra Internacional** No. 24, Madrid, España. pp. 7-12.
9. Cfr.: Calinescu, Matei (1991) **Cinco caras de la modernidad**. Modernismo, Vanguardia, Decadencia, Kitsch, Posmodernismo. Editorial Tecnos, Madrid, España, Esp., p. 259.
10. Ver: Heller, Agnes y Feher, Ferenc (1989). **Políticas de la posmodernidad**. Ensayos de crítica cultural, Ediciones Península, Barcelona, España. Especialmente pp. 150- 161.
11. Entre los múltiples signos que podrían sustentar esta afirmación queremos resaltar, de un lado, las conclusiones que en este sentido alcanzó el Primer Encuentro Internacional de ONGs y las agencias del sistema de las Naciones Unidas, llevado a cabo en Rio de Janeiro en agosto de 1991, patrocinado por el PNUD y, del otro, los elementos sustentarios de la conformación de la "Fundación El Taller" en Santiago de Chile, en noviembre del mismo año, que contó con socios fundadores de todos los continentes. En todo caso, se cuenta en Latinoamérica con espacios donde esta problemática ha servido para mantener al mundo de las ONGs del continente en intercambio y reflexión. Uno de ellos es el llamado "Grupo Fazenda". En la reciente gran asamblea de Rio 92, en relación con la discusión más grande de la problemática del desarrollo sustentable y la protección del medio ambiente, se presentó una reunión paralela por cuenta de las ONGs del mundo.
12. Cfr., Wolfe, Alan (1991) **Three paths to development: market, state and civil society**", ponencia presentada en el Primer encuentro de ONGs y las agencias del sistema de las Naciones Unidas, agosto 6-9, Rio de Janeiro. En Colombia el alcance de este estatus quedó plasmado en el Título IV de la nueva Constitución, especialmente en los artículos 103 al 106, y paralelamente a esta consagración institucional ha podido desarrollarse una experiencia muy positiva en las proyecciones de la Campaña "Viva la Ciudadanía".
13. "Colombia es un Estado Social de derecho, organizado en forma de República unitaria, fundada en el respeto de la dignidad humana...". Artículo 1 de la Nueva Constitución. Y más adelante: "Todos los colombianos tienen derecho a vivienda digna". Artículo 51. "Se reconoce el derecho de todas las personas a la recreación, a la práctica del deporte y al aprovechamiento del tiempo libre". Artículo 52.

La construcción de una espacialidad para la dignificación del existir es la máxima aspiración humana: la construcción ligada al morar, está articulada al pensar.

